

## Francia en el periodo 1900-1914

**Roberto Hernández**

Michel Winock, *La Belle Époque. La France de 1900 a 1914*, París, Perrin, 2002-2003

**E**l periodo que precede a la Primera Guerra Mundial, de 1900 a 1914, representa para Francia, o más bien para la tradición y la historia romántica de este país, una *Belle Époque*, tiempo de prosperidad económica, expansión colonialista, pujanza financiera, desarrollo de la aviación y nacimiento del cinematógrafo. Para algunos, este periodo de inigualable esplendor está representado emblemáticamente por la Exposición Universal de París, donde 50 000 visitantes se dieron cita para admirar los avances alcanzados durante casi un siglo de desarrollo universal. Época de oro para la cultura y las bellas artes francesas, notablemente en el caso de París, fue también escenario de diferentes expresiones y movimientos políticos, filosóficos, religiosos, ideológicos y literarios.

Los rasgos más sobresalientes de esta nostálgica etapa son destacados por Michel Winock, *La Belle Époque. La France de 1900 a 1914*. Para este autor francés, sin embargo, los aspectos centrales del periodo no se limitan a la distinción y el orgullo, pues hubo profundas contradicciones sociales, desempleo y pobreza, duras condiciones de vida obrera y campesina, contradicciones políticas, atraso en algunas ramas industriales, y un difícil ambiente de pre-

guerra. El especialista confronta las dos visiones opuestas sobre el periodo: la perspectiva nostálgica de los sobrevivientes de la guerra, que embellecen todo lo sucedido en la etapa que precedió a la primera conflagración mundial; y el cliché opuesto, enarbolado por quienes hacen de aquella una era sombría y plagada de miserias de todo género. Frente a tales posiciones, Winock, opta por el análisis histórico, buscando rescatar los diversos aspectos de una realidad social muy compleja. Examina la economía francesa y su posición en la economía internacional; la sociedad; las familias religiosas y políticas, y las culturas. Intenta alcanzar una síntesis de la realidad social, y mostrar, como se indica en la cuarta de forros, “la auténtica unidad de esta época”.

La obra destaca los elementos positivos y negativos de la economía francesa. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Francia era la segunda potencia financiera del mundo, superada sólo por Inglaterra; la segunda potencia colonialista y la cuarta en el comercio del planeta. La Bolsa de París rivalizaba con las de Londres y Berlín. El capital financiero francés desempeñaba un papel de primer orden en los mercados financieros internacionales, y en las inversiones industriales de varios continentes. Como potencia colonialista, Francia desarrolló una estrategia sin precedentes y aumentó sus posesiones, durante el periodo de 1900 a 1914, de uno a once millones de kilómetros cuadrados. Cochinchina y Camboya, Madagascar, Senegal, Guinea, Túnez y Marruecos se incorporaron al vasto imperio galo. En el aspecto comercial, empero, el país perdió terreno en las últimas décadas, pasando del segundo al cuarto rango, detrás de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. Las causas de este repliegue han sido discutidas por algunos especialistas.

Pese a todo, la industria del país no estaba tan mal. El crecimiento de la producción industrial francesa, que entre 1870 y 1896, mostró un ritmo de crecimiento de 1.6 por ciento; entre 1896 y 1913 alcanzó una media anual de 2.4 por ciento. En vísperas de la guerra, Francia ocupa el primer sitio en la exportación mundial de automóviles. A principios del siglo XX las industrias de punta: acero, carbón, metalurgia, electricidad, textil y la producción automotriz, conocieron un gran desarrollo. Sin embargo, el grueso de esta planta industrial se concentraba en París y su área cercana, mientras otras regiones seguían siendo eminentemente rurales.

Por cierto, las cosas no estaban nada bien para la mayoría de campesinos. Alrededor de 22 millones de franceses estaban repartidos en 35 000 comunidades rurales, y aun cuando la agricultura era la actividad con más trabajadores empleados, estaba muy lejos de ser la primera en ingresos. La dimensión de las explotaciones agrarias muestra una gran desigualdad, pues si el minifundio —cultivos de una a diez hectáreas— representaba 85 por ciento de la tierra cultiva-

ble del país, sólo 25 por ciento de ellas estaban cultivadas. El pequeño agricultor era realmente pobre y técnicamente atrasado; y el aparcerero a menudo tenía que aceptar contratos leoninos. Los asalariados rurales, alrededor de 1.7 millones de personas, enfrentaban condiciones duras de vida y salarios muy modestos. A pesar de la mecanización de la agricultura, los campesinos trabajaban alrededor de 11 horas en invierno y 14 en verano.

La condición del obrero industrial no era muy diferente. En 1914 la población obrera industrial de Francia estaba formada por más de 4.5 millones de individuos. Los salarios que percibía este sector eran más elevados que los del proletariado rural: algunos ganaban hasta veinte francos al día (once, tratándose de mujeres), pero el costo de la vida en el medio urbano, siempre en alza, comprimía su nivel de vida. La vivienda obrera era mala, antihigiénica, sobre todo en París. La condición de la mujer obrera era aún peor, pues percibía salarios irrisorios a cambio de jornadas de trabajo duras y largas, en condiciones poco higiénicas, sometida a presiones psicológicas y a una nutrición mediocre. Víctimas de estos males y de la tuberculosis, las obreras textiles estaban condenadas a una muerte prematura. La dureza de la condición obrera y el alto costo de la vida explican las sonadas huelgas obreras ocurridas en Francia a comienzos del siglo XX. Algunas fueron reprimidas violentamente por el Estado.

Al describir a la sociedad francesa, Winock destaca también algunos fenómenos sociales negativos, como la prostitución, la criminalidad, la mortalidad y el suicidio, cuyo mayor número correspondía a los sectores populares. A principios del siglo XX hubo en el país un creciente número de suicidios, asesinatos y numerosos casos de aborto e infanticidio; también surgieron nuevas formas de cri-

minalidad, como la que se efectuaba desde los automóviles, y las expresiones violentas del sindicalismo anarquista. Entre 1901 y 1913 el número de asesinatos violentos subió constantemente, en un ambiente degradado por el creciente alcoholismo y otros problemas sociales. Los crímenes cometidos por las mujeres, aunque menores en número, eran igualmente graves, especialmente el infanticidio y la desfiguración de los rostros con ácido sulfúrico. Pese a todo, algunos observadores aseguran que la violencia de esta época “bella” fue menor que la de épocas anteriores.

La información que hemos suministrado en líneas anteriores revela el lado oscuro y triste del periodo. La *Belle Époque* francesa no fue, pues, ajena al drama de la pobreza, ni al diario acontecer del trabajador, ni a la vida criminal. “Bella época” ¿para quien, pues?, ¿para el burgués?, ¿para el político?, ¿para el artista? Veamos.

Al describir a la burguesía francesa de 1900-1914, Winock hace un recuento de sus condiciones de vida y jerarquías. La división que hace entre gran burguesía, buena burguesía, mediana burguesía y burguesía popular es discutible, como también lo es su concepto de burgués, atribuyendo a éste un rasgo fundamental: la “distinción”, atributo que se opone a lo común. Distingue, empero, entre la burguesía dominante y otros grupos burgueses. La primera estaba formada por un pequeño grupo social muy encumbrado, cuyo poder era tal que podía por sí sola controlar el poder político y decidir los destinos de la nación. A la cabeza de este grupo se encontraban poderosos financieros como Gustavo y Alfonso Rotschild, Louis Renault y Marius Berliet, dueños de inmensas fortunas.

El burgués de la “Belle Époque”, en general, se distingue del resto de

la sociedad por su vestuario sofisticado, sus estrictas normas morales y costumbres cotidianas, la educación, el libre pensamiento entre los hombres, la religiosidad y la piedad entre las mujeres, y por el matrimonio y la familia. Los placeres tenían, empero, una jerarquía: sólo los miembros de la fracción dominante podían practicar deportes caros como el tenis, la bicicleta, el golf, el esgrima, la natación y tener una casa de campo junto al mar. En cambio, las capas pequeñas de la burguesía no conocían una situación floreciente. Según datos del año 1911, 48 por ciento de los pequeños comerciantes parisinos experimentaban un proceso de empobrecimiento o un débil enriquecimiento.

Winock describe también del papel histórico de las “familias religiosas y políticas”: el catolicismo francés, los grupos protestantes, el judaísmo, y las principales corrientes políticas, sindicalistas y nacionalistas de Francia. En lo religioso, la época testimonia la secularización y la des-cristianización de la sociedad francesa, el debilitamiento relativo de la Iglesia católica, acusada de estar contra la modernización de la sociedad, y la emergencia de las confesiones protestantes. En lo político, fue un periodo de fervor republicano donde se enseñoreó el espíritu de la Tercera República, con su emblema de “orden y progreso” y sus fundamentos positivistas y kantianos. Como nunca antes, el ambiente político e ideológico se abrió con libertad: se promovió el libre pensamiento, la libertad de prensa y la emergencia de nuevas corrientes políticas. Progresistas, izquierdistas, radicales y moderados, anarquistas, socialistas y sindicalistas, subieron al escenario electoral, o se confrontaron en la calle o en cualquier tablero de la lucha por el poder. Cuando estalló el escándalo por el caso Dreyfus (oficial de origen judío, acusado injustamente de

traición, sin más pruebas que su mera condición), la sociedad se dividió y las posiciones políticas se confrontaron. Winock emplea con frecuencia los términos “dreyfusano” y “anti-dreyfusano” para señalar las posiciones asumidas por los políticos en torno al asunto. Sin embargo, concede una importancia desmedida a la polémica cuando acude recurrentemente a tal división, y cuando habla de un movimiento nacionalista “que nace y se desarrolla durante el *affaire Dreyfus*”. En realidad esta tesis es contradictoria, pues el mismo autor reconoce que las expresiones nacionalistas en la Francia de la “Belle Époque” tenían hondas raíces históricas (incluyendo aquella nutrida de ideología antisemita), y objetivos muy diversos, y en consecuencia no pueden ser explicados por la coyuntura, aunque el caso Dreyfus —es menester reconocerlo— fue una gran oportunidad para expresarse.

La época que nos ocupa fue una era prodigiosa para el desarrollo de la cultura de elite y la cultura de masas, ligada esta última a la urbanización y los medios. La literatura, en particular, alcanzó un gran desarrollo. Tanto la novela popular como las obras de los grandes maestros, como Paul Bourget y Anatole France, Gaston Gallimard y Guillaume Apolli-

naire, lograron un éxito rotundo, reconocido dentro y fuera de Francia.

En vísperas de la guerra, las bellas artes (pintura y escultura) alcanzaron su mejor momento. Las obras de grandes creadores pictóricos, como Cezanne, Monet, Matisse; escultores como Rodin, Maillol, Bourdelle, Camille Claudel; músicos como Claude Debussy, Maurice Ravel, etcétera, revolucionaron las expresiones estéticas conocidas. Para estos artistas, el alba del siglo XX fue un tiempo de creación genial y de rupturas.

La “Belle Époque”, en suma, fue un periodo especial para la historia de Francia. Época de oro para las artes, la literatura, la prensa y la libre expresión, las modas y el glamour burgués; florecieron el nacionalismo y la efervescencia política, las derechas e izquierdas, el fervor republicano, la libertad de opinión pública, el poder financiero, el desarrollo industrial, el expansionismo y el imperialismo. No fue, empero, una época “bella” para el obrero, el campesino y demás sectores populares, principales víctimas de un sistema capitalista y monopolista, oprobioso y desigual, cuyo desarrollo acelerado se acompañó siempre de cierta dosis de violencia y represión social, y de una urbanización creciente.

Por su método y pretensiones globales, además de otras virtudes, el libro que nos ocupa es una gran contribución a la historiografía, y no sólo francesa. Destaca su bien lograda síntesis, su amplia descripción y comentarios sobre múltiples aspectos de la vida cotidiana, artística, política, social, demográfica, obrera, campesina, burguesa, religiosa, económica y financiera de la Francia de principios del siglo XX. Esta síntesis histórica, de unidad de lo diverso, nos hace recordar las grandes obras monumentales de visión totalizadora, entre ellas *Les Bourgeois conquérants*, de Charles Morazé, y la *Histoire économique et social de la France*, dirigida por Fernand Braudel y Ernest Labrousse, cuya metodología y alcances han sido, desafortunadamente, poco emulados en América Latina. Además de ameno e interesante, el texto de Winock es paradigmático. Podría servir de modelo e inspiración totalizadora a futuros estudios sobre la historia de México, cuyo conocimiento se encuentra hasta hoy muy segmentado en historias regionales, monografías y estudios micro-históricos.

